

# Inglaterra, de enemigo a aliado. España en la encrucijada de finales del siglo XVIII y principios del XIX

Rubén Sáez Abad<sup>1</sup>

## 1. Introducción

Las últimas décadas del siglo XVIII y la primera del XIX se tornarán trascendentales para los dominios españoles en América, especialmente a causa de los radicales vuelcos que darán los juegos de alianzas vigentes hasta ese momento. Inglaterra, el enemigo más encarnizado de las últimas centurias, por sus constantes ataques contra las posesiones americanas, tras la invasión napoleónica de la Península Ibérica se convertirá en un aliado estratégico clave para lograr la expulsión de los ejércitos galos del solar hispano.

Los ataques ingleses contra los dominios españoles en América habían sido una constante desde el siglo XVI. En un primer momento tuvieron únicamente el carácter de razias destinadas a la obtención de botín, alentados los piratas y corsarios de esa nacionalidad por las riquezas del Nuevo Mundo. Pero, a partir del siglo XVIII estos ataques piratas se intensificaron y dejaron paso

1. Doctor en Historia por la Universidad Complutense de Madrid. Premio Nacional Defensa 2004. Especialista en historia militar y escritor de dicha disciplina.

a operaciones con un mayor grado de planificación. Ya no serán ejecutados por navíos aislados, sino por flotas compuestas, incluso en algunas ocasiones excepcionales, por cientos de barcos y con docenas de miles de hombres embarcados a bordo.

La mayor parte de las operaciones militares, tanto las ejecutadas en los momentos más incipientes de la piratería americana, como las desarrolladas a lo largo de esta última centuria, tuvieron como objetivo las conocidas como “llaves del Nuevo Mundo”<sup>2</sup>. Repartidas a lo largo y ancho de todo el continente, estas plazas fuertes constituían las de mayor valor geoestratégico de toda la región y resultaban vitales para asegurar el dominio español en América. Se trataba de los principales enclaves de control del territorio, pero también eran el punto de concentración de las remesas de metales antes de su traslado a la Península. Por otro lado, desempeñaban también la función de bases navales estratégicas, estando sus puertos dotados de condiciones excepcionales para alojar en su interior incluso flotas enteras, algo que no debe ser considerado menor teniendo en cuenta el carácter turbulento de las aguas americanas. Así pues, la pérdida de cualquiera de ellas habría comprometido seriamente el dispositivo defensivo general.

## 2. La influencia inglesa en américa durante el siglo XVIII

Durante todo el siglo XVIII Inglaterra tratará de ampliar sus exigüos dominios americanos, intentando apoderarse por la vía militar de alguna de estas “llaves”, lo que llevará a los dirigentes españoles a volcar todos sus esfuerzos y recursos en intentar protegerlas. Es necesario tomar en consideración que a comienzos

2. ZAPATERO, J. M., *La guerra del Caribe en el siglo XVIII*, Instituto de Cultura Puertorriqueña, San Juan de Puerto Rico, 1944, pp. 7-10.

de ese siglo los dominios ingleses en el Nuevo Mundo tenían un carácter más testimonial que otra cosa, sobre todo si se comparan con los españoles, por mucho que alguno de ellos tuviera una considerable importancia estratégica. Únicamente estaban en su poder las Antillas Menores, entre las que ocupaba un lugar destacado la isla de Jamaica, que constituía su principal plaza y base naval en aguas americanas. A ellas era necesario añadir las Vírgenes Orientales (Virgen Gorda, Tortola y Anegada), San Cristóbal, Anguila, Antigua, Barbada, San Vicente, Granada, Tabago, además de otros islotes de menor entidad. En un plano diferente se situaban las Trece Colonias continentales, en la costa Este de lo que habrían de ser en el futuro los Estados Unidos.

Con unos dominios tan reducidos en su poder, y esencialmente de carácter insular, Inglaterra intentará por todas las vías posibles extender sus posesiones y adquirir nuevos enclaves en territorio continental. Recurriendo a la vía militar, tratará de apoderarse de alguna de las “llaves”, para lo que llevará a cabo sucesivas tentativas de ataque contra ellas. En buena parte, será la pujanza económica y militar inglesa, alcanzada a partir del siglo XVI<sup>3</sup>, la que contribuirá a impulsar esos intentos de conquista de nuevos territorios en el Nuevo Mundo y la que alentará la política expansionista practicada a partir de entonces por los dirigentes ingleses.

Fue durante la primera mitad del siglo XVIII cuando las operaciones militares inglesas contra los dominios españoles en América alcanzaron una entidad jamás vista hasta entonces. Especialmente destacadas resultarán las tentativas realizadas durante la Guerra del Asiento (1739-1748) contra las principales plazas fuertes americanas. Inglaterra irá con estos ataques más allá de las

3. ALBI, Julio, *La defensa de las Indias (1764-1799)*, Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana-Ediciones Cultura Hispánica, 1987, p. 127.

simples razias de los siglos anteriores, destinadas a la obtención de botín, diseñando ahora proyectos globales para intentar poner fin al dominio español en América, o, lo que es lo mismo, planes para la conquista de todo un continente.

Los objetivos estratégicos perseguidos serán los mismos de las centurias previas, pero enmarcados ahora dentro de una estrategia global a gran escala y dotada de fases perfectamente articuladas. La primera de ellas consistía en la conquista de los principales puertos del Virreinato de Nueva Granada, desde donde partía la Flota de Indias cargada con las riquezas del Perú. Se trataba de las estratégicas plazas de La Guaira (Venezuela), Cartagena de Indias (Colombia) y Portobelo (Panamá). Una vez destruida la escuadra española en el Caribe, la flota inglesa podría atacar con total impunidad el resto de los enclaves españoles del continente. Al haber quedado abandonados a su suerte, y sin posibilidad de recibir socorros a corto plazo, se convertirían en fáciles presas para los atacantes<sup>4</sup>.

Sin embargo, este ambicioso plan no tardaría en irse al traste, al fracasar estrepitosamente la flota inglesa ya durante la ejecución de la primera fase del plan operativo. Sus ataques iniciales contra las plazas españolas se saldaron con estrepitosas derrotas, siendo especialmente humillante la cosechada ante los muros de Cartagena de Indias, tanto por el número de pérdidas sufridas por la fuerza expedicionaria británica, como por la forma en la que ésta se produjo.

Tras casi una década de guerra entre España e Inglaterra, los fracasos británicos habían sido la tónica general. Destacarán los sufridos frente a Santiago de Cuba (julio- noviembre de 1741), La Guaira (marzo de 1743), Puerto Cabello (abril-mayo de 1743) o

4. SÁEZ ABAD, R., *La Guerra del Asiento o de la "Oreja de Jenkins" 1739-1748*, Madrid, Editorial Almena, 2010, p. 49.

La Habana (octubre de 1748). Los únicos éxitos logrados por los ingleses en la guerra tendrán la consideración de menores, consistiendo en la toma de Portobelo (noviembre de 1739) y la de San Lorenzo el Real de Chagre (marzo de 1740). En ambos casos el botín aprehendido fue escaso, al disponer sus guarniciones de tiempo para poder evacuar las riquezas acumuladas en su interior, especialmente en el caso de Portobelo. Así pues, se trataba de un pobre resultado, sobre todo teniendo en cuenta que el proyecto británico estaba destinado a conquistar todo el continente americano.

El fracaso cosechado en la Guerra del Asiento no hará desistir a Inglaterra de continuar con sus tentativas contra los dominios españoles en América. De nuevo lo intentará durante la Guerra de los Siete Años, logrando en esta ocasión tomar La Habana en 1762. La captura de la capital de la isla de Cuba constituirá el mayor éxito inglés en América de toda su Historia. Tras once meses de ocupación británica, en julio de 1763 Inglaterra y España rubricaban la Paz de París. Por este acuerdo La Habana, así como el resto de la isla de Cuba, regresaba de nuevo a manos españolas. Como compensación por esta cesión, los ingleses recibían una parte de La Florida.

En un intento por compensar a España por las pérdidas sufridas durante esta funesta guerra, Francia le ofreció a su aliado el territorio de La Luisiana. Los dirigentes galos habían perdido todo interés por esta región, especialmente tras hacerse Inglaterra con el territorio de Canadá. España aceptaría el ofrecimiento, principalmente con el objetivo de impedir que pudiera terminar cayendo en manos inglesas. En el caso de consumarse este último supuesto, ello acarrearía un grave peligro para los intereses españoles en la región, que se verían amenazados desde diferentes frentes. Por otro lado, este territorio se antojaba vital para tratar de controlar el creciente contrabando practicado por los buques ingleses en el Golfo

de México y que gravitaba sobre las plazas de Mobile, Pensacola y los establecimientos del Bajo Misisipi<sup>5</sup>.

Sin embargo, a medida que las amenazas comenzaban a multiplicarse, los dirigentes españoles terminaron por abandonar su actitud defensiva, para llevar a cabo acciones ofensivas de cierta envergadura, ya desde la década de los 60 del siglo XVIII. En este sentido, merecen ser destacadas las campañas militares desarrolladas por Pedro de Cevallos en el Sur contra los portugueses, auxiliados por el infatigable enemigo inglés, así como las de Bernardo de Gálvez en el Norte.

La intervención de Cevallos en el Sur se saldó con la fundación de Maldonado, el apostadero de Montevideo, la reconquista de Colonia y la creación del Virreinato del Río de la Plata. Estos éxitos permitieron conservar e integrar unos territorios, que estaban destinados a ocupar un papel trascendental para los dominios españoles en América durante las siguientes décadas. Con la creación del Virreinato del Río de la Plata también desapareció la amenaza de que Portugal pudiera continuar expandiendo sus dominios por la región<sup>6</sup>. La solidez de la estructura creada quedaría demostrada en su exitosa defensa frente a los ataques lanzados por Inglaterra en 1806-1807, de los que se hablará más adelante.

De tanta importancia o más que las campañas de Cevallos en el Sur del continente americano, habrían de resultar las operaciones llevadas a cabo por Bernardo de Gálvez, gobernador de La Luisiana española, en el Norte. Con su conquista de Pensacola (10 de mayo de 1781), Inglaterra quedaba privada de su acceso directo al Golfo de México. Al mismo tiempo, también perdía uno de

5. ABAD, R, LUZURIAGA, Juan Carlos y PETINAL, Manuel, *Héroes españoles en América. Blas de Lezo, Bernardo de Gálvez, Pedro de Cevallos*, Madrid, Editorial Almena, 2016, pp. 200-201.

6. *Ibidem*, p. 121.

los puertos con mejores condiciones de toda la región. Tomando como base este enclave, los buques británicos habían comenzado a suponer una amenaza para el tráfico naval entre América y Europa, además de llevar a cabo intensas operaciones de contrabando que causaban graves perjuicios al comercio español de la región<sup>7</sup>.

La exitosa campaña de Gálvez se vería completada con los ataques lanzados sobre los fuertes británicos que se habían establecido en el Misisipi. La caída de Fort Bute, la victoria en la batalla de Baton Rouge, así como la conquista de Natchez y Mobile, constituyen los principales hitos de esta trascendental campaña contra los dominios ingleses. Gracias a ella se limitó notablemente la capacidad de actuación de Inglaterra, al privarla de buena parte de las posiciones avanzadas sobre las que se apoyaba<sup>8</sup>.

A los éxitos anteriores se sumó la conquista de Las Bahamas por parte del general Cagigal, lo que supuso la expulsión total de los ingleses del estratégico Golfo de México<sup>9</sup>. Únicamente quedó en poder británico la isla de Jamaica, y que, como ya se ha apuntado anteriormente, constituía la base estratégica inglesa por antonomasia en aguas americanas. Sí bien, las fuerzas españolas hicieron un primer intento de tomarla, la operación fracasó. Cuando se estaba preparando una nueva expedición para su conquista se produjo la firma de la paz con Inglaterra, lo que impidió que se pudiera acometer esta segunda tentativa.

Pero, las operaciones de Gálvez no sólo tuvieron trascendentales repercusiones en el plano interno para los dominios españoles en el Norte de América, sino que también resultaron claves en el desarrollo de la Guerra de Independencia de las Trece Colonias

7. ABAD, Rubén, LUZURIAGA, Juan Carlos y PETINAL, Manuel, 2016, p. 287.

8. ZAPATERO, Juan Manuel, 1964, pp. 229-236.

9. *Ibidem*, pp. 239-240.

contra Inglaterra. La toma de Pensacola afianzó la seguridad de las colonias del Sur, lo que les permitió concentrar sus recursos en otros frentes mucho más comprometidos y expuestos. Gracias a la captura de los puestos ingleses que se extendían por el Misisipi, los norteamericanos sublevados pudieron disponer de una vía de aprovisionamiento vital para sostener el esfuerzo de guerra. Hay que tener en cuenta que la superioridad naval británica estaba dificultando la entrada de los suministros necesarios para el sostenimiento del ejército de independencia.

Además de las consecuencias estratégicas, que se derivaron de las acciones militares llevadas a cabo por Gálvez, la maniobra de distracción generada tan sólo supuso una pequeña parte de la contribución española a la causa de la independencia americana. España proporcionó a los patriotas americanos 219 cañones, 80.000 fusiles y 300.000 uniformes, además de mucho más material de guerra adicional. Este aprovisionamiento se antojaría vital para los sublevados, que encontraban severas dificultades para la fabricación de algunos de estos equipos en sus dominios. También resultó cuantiosa la aportación en numerario a la causa independentista. Sirva, tan sólo como ejemplo, el hecho de que en agosto de 1781 se consiguió reunir en La Habana, en tan sólo unas pocas horas, la extraordinaria cantidad de un millón doscientas mil libras. Este cuantioso montante económico se requería para el pago del ejército de George Washington, justo en vísperas de que se produjera la trascendental batalla de Yorktown.

Sólo unos pocos meses después, el 19 de octubre, el general inglés Cornwallis se rendía a George Washington, con lo que se ponía fin a la Guerra de Independencia de los Estados Unidos. A pesar del fin de las hostilidades, ésta no sería una realidad hasta la rúbrica de la Paz de París, firmada el 3 de septiembre de 1783. Por ella se reconocía la independencia de los Estados Unidos. España también se vio beneficiada en estos acuerdos, al serle concedidas



todas las conquistas que había efectuado durante la guerra, a excepción de Las Bahamas. Le fueron devueltas a Inglaterra, a cambio de la cesión del resto de La Florida, que volvió a ser española.

A tenor de lo anteriormente señalado, se puede afirmar que la contribución española resultó determinante de cara a la independencia de las Trece Colonias, algo que quedó en evidencia cuando se celebró la parada militar del 4 de julio. En este simbólico acto, Bernardo de Gálvez tuvo el privilegio de desfilar a la derecha de George Washington, como reconocimiento al apoyo que había prestado España a la causa independentista.

Tras unos años de cierta tranquilidad, de nuevo a finales de siglo se recrudecerán las hostilidades entre España e Inglaterra, merced a los constantes cambios de alianzas que se producirán entre las principales potencias europeas: España, Francia e Inglaterra. Los acontecimientos se sucederán a ritmo vertiginoso, haciendo que los enemigos de hoy se conviertan en aliados, para de nuevo mañana volverse encarnizados rivales.

El acontecimiento que terminará por cambiar el curso de la Historia, tanto en el Viejo como en el Nuevo Mundo, fue el estallido del movimiento revolucionario en Francia. Su desarrollo se hará sentir, especialmente, en el vecino Reino de España, condicionando de forma decisiva la trayectoria que éste habrá de seguir durante los años finales de ese siglo XVIII. También tendrá notables consecuencias en los derroteros de los monarcas reinantes de la Casa de Borbón.

El inicio de la Revolución coincidió, a grandes rasgos, con el comienzo del reinado de Carlos IV. Con el ministro Floridablanca al frente del Gobierno, las líneas políticas iniciales del nuevo soberano estuvieron marcadas por la continuidad, en cuanto al reformismo que había venido imponiendo su predecesor Carlos III. Sin embargo, el estallido de la Revolución en Francia no tardaría en provocar la introducción de profundos cambios a todos los niveles.

Pronto se implementaron medidas destinadas a evitar la penetración de las ideas revolucionarias en España, lo que se ha dado en llamar el “pánico de Floriblanca”<sup>10</sup>.

Entre los años 1789 y 1791 se desplegó una especie de “cordón sanitario” en los Pirineos, con el fin de prevenirse de todo aquello que fuera francés. Tras el breve ministerio del conde de Aranda (1792), se produjo el ascenso al poder del favorito del monarca Manuel Godoy. Pero, los acontecimientos rápidamente darían un nuevo giro de tuerca, al fracasar todos los intentos por liberar a Luis XVI de Francia, tras la radicalización de las posiciones de los sublevados. Pronto quedó en evidencia que los nuevos postulados de los revolucionarios suponían una amenaza para el régimen establecido, corriéndose el riesgo de que se extendieran a los países vecinos.

Este temor condujo a la creación de una coalición anti francesa en Europa, a la que España se sumó en 1793. Por medio del Tratado de Aranjuez, rubricado en mayo de ese mismo año, España se aliaba con Inglaterra, el gran enemigo de los últimos siglos, y contra la Francia revolucionaria. La creación de esta alianza suponía poner fin a los Pactos de Familia, que por espacio de 60 años habían mantenido unidos los intereses de España y de Francia. A tenor de las cláusulas del acuerdo, ambas potencias firmantes se comprometían a asistirse mutuamente, en el caso de que sus territorios fueran invadidos por un tercer país, y a romper relaciones comerciales con Francia.

Pero, los acontecimientos no tardarían en dar un nuevo vuelco. Tras el estallido de la guerra, tropas francesas atravesaron la frontera pirenaica y ocuparon las plazas de Figueras, Irún, Fuenterrabía y San Sebastián ya durante 1794. Al año siguiente caían en

10. SÁEZ ABAD, Rubén, *Puerto Rico 1797*, Madrid, Editorial Almena, 2011, p. 6.

poder galo, otros enclaves incluso de valor estratégico, como eran las ciudades de Bilbao y Vitoria.

Las acciones bélicas también se extendieron a las colonias francesas de las Indias occidentales. Una flota británica capturó en 1794 las islas de Martinica, Santa Lucía y Guadalupe, aunque un año más tarde llegaron refuerzos franceses al Nuevo Mundo, que lograron recuperar de nuevo las islas para Francia.

Las derrotas militares sufridas por España durante la contienda, sumadas a la elevada crisis interna por la que estaba atravesando el país, plasmada en el aumento de los precios y la subida de impuestos fundamentalmente, obligaron a sus mandatarios a la apertura de negociaciones con la Francia revolucionaria. Urgía encontrar una salida negociada a la guerra para evitar seguir precipitando al país al abismo, pues las tropas de invasión ocupaban ya buena parte del territorio del Norte y no había visos de que la situación pudiera ser revertida por la vía militar. Tras mantener unos primeros encuentros diplomáticos, la paz entre ambas potencias se rubricaba el 22 de julio de 1795 en Basilea.

A raíz de las cláusulas de este tratado, Francia se comprometía a devolverle a España todos los territorios que había conquistado durante los dos años de guerra en el territorio peninsular. Como compensación por estas devoluciones, recibiría la parte que España poseía de La Española, aunque se consiguió conservar La Luisiana, también ambicionada por los galos. Entre las concesiones que debió hacer Carlos IV, para conseguir poner fin a las hostilidades con el país vecino, también se incluían importantes ventajas comerciales.

Tras la firma de la Paz de Basilea, de nuevo las relaciones internacionales volvían a sufrir un cambio radical, pues España se convertía en aliada de la Francia revolucionaria. De este modo se rompía la corta entente con Inglaterra y se recuperaba la alianza franco- española, que había tenido una larga tradición ya desde los Pactos de Familia.

La alianza de España con Francia la convertía, de forma directa y nuevamente, en enemiga declarada de Inglaterra. El 18 de agosto de 1796 se firmaba el Tratado de San Ildefonso entre Francia y España, acordando ambos estados mantener una política común frente a los británicos, por medio de la creación de una alianza ofensiva y defensiva. La declaración conjunta de guerra se mantuvo en secreto por espacio de un par de meses, de modo que se diera tiempo a los dominios de Ultramar para poder ponerse en estado de defensa. De este modo sería posible anticiparse a los movimientos obrados por el enemigo y prepararse a conciencia, en previsión de cualquier posible ataque que se pudiera producir<sup>11</sup>. Finalmente, el 6 de octubre Carlos IV hacía pública la alianza hispano-francesa y declaraba abiertas las hostilidades. En el nuevo conflicto armado que estalló los dominios españoles del Nuevo Mundo volvieron a ocupar un lugar destacado, teniendo lugar en el continente americano algunos de los más significativos hechos de armas de la conflagración. No obstante, ahora los objetivos estratégicos perseguidos por Inglaterra pasarán a ser mucho más modestos, respecto a los que habían presidido las operaciones militares de mediados de siglo. Tras haber quedado en evidencia su incapacidad a la hora de apoderarse de las principales “llaves”, lo que les habría permitido infligir un severo golpe a los dominios españoles, los planes planteados ahora por los británicos se tornaban más realistas.

### 3. La influencia inglesa en las indias y su cambio de planes

Así pues, las nuevas operaciones militares tendrán unos objetivos mucho más acordes con los medios empleados. Buscarán

11. ZAPATERO, Juan Manuel, 1964, p. 209.

únicamente el establecimiento de un triángulo defensivo, tomando como extremos de él las islas de Jamaica, Trinidad y Puerto Rico. Si tenemos en cuenta que Jamaica ya estaba en poder inglés desde el siglo XVII, tan sólo era necesario, de cara a completar los planes previstos, la conquista de Trinidad y de Puerto Rico. Los ingleses sí que consiguieron apoderarse de la isla de Trinidad durante los primeros compases de la guerra. Lo lograron, haciendo valer su enorme superioridad numérica sobre la reducida guarnición que protegía la plaza. No obstante, el gobernador español, en esta ocasión no estuvo a la altura de lo que se esperaba de él, pues sus medios le habrían permitido ofrecer una mayor resistencia que la que opuso a los atacantes. Bajo ningún concepto puede justificarse su rendición sin combatir, pese a los exiguos recursos con que contaba<sup>12</sup>.

No obstante, como ya sucediera en el pasado con Cartagena de Indias durante la Guerra del Asiento, una cosa era atacar una plaza secundaria y otra muy diferente sitiar una plaza de primer nivel, dotada de unas poderosas fortificaciones y de unos medios defensivos acordes con ellas. En estos casos, no sólo se requería de superioridad de recursos, sino también de una estrategia muy bien planificada y de un plan táctico de operaciones más elaborado.

De cara a la campaña militar destinada a conquistar la plaza de San Juan (Puerto Rico), Inglaterra desplegó en aguas americanas una considerable flota. Estaba compuesta por 9 navíos de línea, de los cuales ya tan sólo el buque insignia *Prince of Wales* estaba artillado con 100 cañones. A estos navíos principales, y que estaban llamados a desempeñar el papel principal en las operaciones, se sumaban otros buques de menor porte destinados a prestar funciones auxiliares. Se trataba de 3 fragatas, 3 corbetas y 3 bergantines. Otras 8 fragatas, 30 goletas y 2 bergantines for-

12. SÁEZ ABAD, Rubén, 2011, pp. 8-14.

maban parte de la escuadra, con la misión de realizar operaciones de transporte.

Las bocas de fuego que artillaban el total de navíos británicos pasaban de las 900, una potencia de fuego capaz de barrer los muros de cualquier fortaleza a la que se enfrentaran. A bordo de la flota iban embarcados entre 8.000 y 14.000 hombres, en función de las diferentes versiones aportadas por las fuentes contemporáneas a los hechos, un contingente de desembarco, en cualquiera de los casos, más que suficiente como para lograr los objetivos previstos en la campaña<sup>13</sup>.

Pero, a diferencia de lo que había sucedido en el pasado cuando las flotas británicas se habían desplegado en aguas americanas, en esta ocasión su superioridad numérica no era tan acusada. La plaza de San Juan había conseguido levantar en armas un total de 6.471 hombres, aunque la mayor parte de ellos quedaban encuadrados dentro de unidades de carácter miliciano y no de tropas regulares. Los medios artilleros que podía oponer la plaza a los recién llegados también alcanzaban una cierta consideración, ascendiendo a 415 piezas de diferentes calibres, que se encontraban distribuidas en las diferentes fortalezas que protegían la urbe.

El ataque inglés sobre Puerto Rico, en último extremo se terminaría prolongando por espacio de 15 días, sin que las fuerzas invasoras pudieran hacer valer su superioridad numérica o potencia de fuego en ningún momento. En la estrategia defensiva practicada por las fuerzas españolas desempeñó un papel clave la guerra de guerrillas, que terminó por ocasionar un desgaste difícil de asumir para la fuerza de invasión. Finalmente, los dirigentes británicos optarían por retirarse sin haber logrado tomar la plaza de San Juan, al ser incapaces de forzar sus defensas.

13. *Ibidem*, p. 43.

El número de bajas sufridas por la fuerza expedicionaria británica no resultó demasiado elevado, sobre todo si las comparamos con otras operaciones de similar envergadura. Tan sólo sufrieron 225 muertos y heridos, además de dejarse 190 prisioneros. Este reducido balance de pérdidas no permite justificar la retirada inglesa, que únicamente puede ser achacada al elevado coste moral que habían ocasionado a los invasores los defensores, por medio de su guerra de guerrillas. Las continuas contraofensivas, lanzadas en cualquier punto de la isla y en cualquier momento, agotaron a los asaltantes y los condujeron a un punto de no retorno. El ataque inglés sobre Puerto Rico fue el último de consideración que sufrió la América española en el siglo XVIII y puso de nuevo en evidencia la eficacia del sistema defensivo español.

Pero, los éxitos cosechados en el Nuevo Mundo, únicamente ensombrecidos por la pérdida de la isla de Trinidad, no tendrían el mismo parangón en Europa. El mismo año que Puerto Rico era capaz de resistir con éxito frente a esta poderosa escuadra británica, sendas flotas de España e Inglaterra se enfrentaban en la batalla naval del cabo San Vicente, en las costas portuguesas. Este enfrentamiento resultó favorable para las armas inglesas, que a continuación se dirigieron hacia la isla de Tenerife para proceder a su ataque.

La artillería defensora consiguió rechazar a los recién llegados, perdiendo el almirante Nelson un brazo en los combates, tras recibir el impacto de una bala de cañón. Más suerte tendrían las tropas británicas en Menorca, de la que consiguieron apoderarse. La isla había estado bajo soberanía inglesa durante varias décadas, hasta que los españoles la reconquistaron en tiempos de Carlos III. También se produjeron sendos combates en algunos puntos de la costa española, como Cádiz, Cartagena, Brión o Algeciras.

Pero, de nuevo la situación evolucionaba rápidamente en la vecina Francia. El general Napoleón dio un golpe de Estado en 1799 y se hizo con el poder en el país, para proclamarse sólo cinco años

después emperador. Sin embargo, y a pesar de la trascendencia política de todos estos acontecimientos, España en todo momento mantuvo su alianza con Francia, lo que la terminó por arrastrar a un conflicto armado de escala continental.

En mayo de 1801 Napoleón decidió forzar la neutralidad de Portugal, que se mostraba remiso a romper su alianza con Inglaterra. España terminaría viéndose involucrada en este nuevo conflicto, en cumplimiento de los acuerdos adoptados en el Tratado de Madrid de 1801. A razón de este pacto, España se comprometía a declarar la guerra a Portugal, en el caso de que el país vecino se negara a poner fin a su apoyo a los ingleses. Ante la negativa portuguesa a someterse a las exigencias franco-españolas, se desencadenó la llamada Guerra de las Naranjas.

Las operaciones militares españolas se prolongaron por espacio de tan sólo 18 días, entre los meses de mayo y de junio de 1801. Se saldaron con la ocupación de un puñado de poblaciones portuguesas en el territorio fronterizo que mediaba entre ambos países. La resistencia lusa fue escasa, pues sus dirigentes eran conscientes de que España carecía de ambiciones territoriales. La paz entre ambos países se firmó en Badajoz el 6 de junio (Tratado de Badajoz), por el que España devolvía a su legítimo propietario todas las plazas conquistadas en territorio portugués con la excepción de Olivenza y su territorio.

A pesar de que en el Tratado de Badajoz se establecía que Portugal cedería a España una o varias provincias portuguesas, por valor aproximadamente del veinticinco por ciento de toda su población metropolitana, esta cláusula fue obviada por Carlos IV. El objetivo perseguido por Napoleón, forzando esta exigencia, era poder utilizar esos amplios territorios como moneda de cambio para conseguir la devolución de Mahón, la isla de Trinidad o la de Malta. El comportamiento errático del monarca español, en relación a esta cuestión, provocó el disgusto del emperador galo.



A partir de 1803, España comenzó a prestar ayuda económica a Napoleón y puso a su servicio los efectivos de la Armada, con el objeto de llevar a cabo una guerra total en el mar contra Inglaterra. La primera intención del dirigente francés fue la de bloquear el comercio de su principal rival, tratando de evitar que comerciara con Europa y, al mismo tiempo, destruir su flota para que tampoco pudiera comerciar con Ultramar. En último extremo, el emperador galo terminaría fracasando en ambos proyectos<sup>14</sup>.

Sin embargo, no fue hasta el 14 de diciembre de 1804 cuando España declaró oficialmente la guerra a Inglaterra. El papel a desempeñar por las fuerzas españolas, en el nuevo conflicto armado en el que se habían visto involucradas, era contribuir al proyecto de invasión galo del territorio inglés. El combinado naval hispano-francés debía distraer a las escuadras británicas, de modo que el ejército napoleónico pudiera atravesar el Canal de La Mancha.

El triste destino de la alianza hispano-francesa serían las humillantes derrotas cosechadas por la escuadra aliada en las batallas de Finisterre (22 de julio de 1805) y de Trafalgar (21 de octubre de 1805). Sin embargo, las consecuencias de este último funesto episodio distarían mucho para ambos aliados. Francia se recuperó rápidamente de ella, gracias a las victorias logradas en las batallas de Austerlitz (2 de diciembre de 1805) y Jena (14 de octubre de 1806), lo que le permitió llegar a ventajosos acuerdos de paz con Austria, Rusia y Prusia. Sin embargo, en España todo sería muy diferente. La destrucción de buena parte de la flota agravó la crisis económica que se vivía, al contribuir a dificultar las comunicaciones de la Península con los dominios americanos<sup>15</sup>.

14. PIZARRO PIZARRO, José A., *Los pueblos de América y los sitios de Zaragoza (I)*, Zaragoza, Edelvives, 1989, p. 27.

15. MARTÍNEZ CANALES, Francisco, *Madrid, 2 de mayo de 1808. Un paseo por la Historia*, Madrid, Almena, 2007, p. 11.

Mientras Europa se convertía en el epicentro de la guerra, tampoco el Nuevo Mundo quedaba al margen de este nuevo conflicto. Durante los años 1806 y 1807 se produjeron dos invasiones inglesas en el Virreinato del Río de la Plata, cuyo objetivo era tratar de apoderarse de este valioso territorio. En este nuevo enfrentamiento armado el territorio americano desempeñaba un papel estratégico y económico de primer nivel, pues Inglaterra en aquel momento se hallaba en plena revolución industrial y estaba necesitada de nuevos mercados. En la primera de estas invasiones, que tuvo lugar en 1806, las tropas británicas llegaron a ocupar la ciudad de Buenos Aires, capital del virreinato. Sin embargo, los invasores serían derrotados 46 días después por un ejército compuesto básicamente por milicias populares. En cuanto a la segunda invasión, acaecida en 1807, los contingentes británicos llegaron a tomar Montevideo, pero fueron rechazadas en su intento de tomar nuevamente Buenos Aires.

Esta exitosa defensa puso en evidencia el eficaz funcionamiento del sistema español en América. Pero, a su vez, el destacado papel desempeñado por las milicias, también tuvo otras consecuencias colaterales. Los dirigentes militares criollos aumentaron su influencia y también creció el fervor de los grupos partidarios de la independencia. Estos motivos llevaron a que las invasiones inglesas terminaran convirtiéndose en un catalizador de la causa emancipadora en el Virreinato del Río de la Plata, que terminaría por fructificar algunos años después.

Pero, la política de bloqueo que pretendía aplicar Napoleón no podría completarse mientras Portugal siguiera apoyando a los británicos, por lo que el dirigente francés reorientó sus esfuerzos ahora en dirección a la Península Ibérica y el Mediterráneo occidental. Pronto la presión sobre el Reino luso se incrementó exponencialmente, en un intento por conseguir el cierre del comercio de sus puertos a los buques ingleses. El emperador galo también

exigía la confiscación de los bienes y el bloqueo de los residentes en el país.

Ante la falta de respuesta portuguesa a los requerimientos franceses, en agosto de 1807 Napoleón reunió el *Cuerpo de Observación de la Girona*, compuesto por aproximadamente 30 000 soldados, y cuyo cometido era hacer cumplir a Portugal las exigencias por la fuerza. De nuevo el emperador francés reclamó el apoyo de la Corte española para la campaña de conquista del país vecino. El 18 de octubre de 1807 las tropas galas atravesaron los Pirineos, rubricándose el 27 de octubre el Tratado de Fontainebleau, por el que se acordaba que la invasión militar fuera conjunta.

Sin embargo, a finales de 1807 Napoleón consideró que la monarquía de Carlos IV, aliada pero independiente, ya no le resultaba de utilidad, siendo mucho más práctica la creación de un Estado satélite. En ese momento ya había aproximadamente 65.000 soldados franceses en territorio español, fuerzas que mantenían bajo su control ciudades de tanto valor estratégico como Burgos, Salamanca, Pamplona, San Sebastián, Barcelona o Figueras. De este modo controlaban, no sólo las comunicaciones con Portugal, sino también con Madrid y la frontera pirenaica, lo que les otorgaba prácticamente el control sobre toda la Península.

La presencia de tan cuantiosas tropas acantonadas dentro del territorio español terminó por alarmar a Godoy. Temiendo se pudiera producir cualquier episodio de gravedad, derivado de esta circunstancia, la familia real se retiró al Palacio Real de Aranjuez, de modo que si era necesario pudiera huir hacia el Sur de la Península. Allí tendría opciones de embarcarse y escapar rumbo a América, tal y como ya había hecho previamente el rey Juan VI de Portugal.

El 17 de marzo de 1808, tras correr por las calles de Aranjuez el rumor de la partida de los reyes, la multitud, encabezada por miembros del partido fernandino y nobles cercanos al Príncipe de

Asturias, se agolpó frente al Palacio Real y asaltó el palacio de Godoy, quemando todos sus enseres. Por la mañana del 19 Godoy era hallado escondido en su palacio. Fue entonces cuando se produjo la intervención del príncipe Fernando, consiguiendo que su padre abdicará en él al mediodía de ese mismo día, de modo que pasaba a convertirse en Fernando VII.

Aprovechando los sucesos derivados del motín de Aranjuez, sumado al hecho de que las tropas galas ya habían ocupado el Norte de España, Napoleón forzó la cesión de la Corona española a su hermano, José Bonaparte, por medio de las Abdicaciones de Bayona. Ahora el nuevo rey de España pasaría a ser José I, el hermano del emperador galo. Por otro lado, los comerciantes británicos, desesperados por el bloqueo continental a que los tenía sometidos Napoleón, siguieron presionando al Gobierno de Londres para que lanzara una nueva operación militar en el Nuevo Mundo. A pesar del fracaso cosechado ante Buenos Aires en 1807, eso no había supuesto el abandono de la idea de enviar una expedición a América. Sin embargo, ahora lo que los dirigentes ingleses pretendían, no era desarrollar el papel de conquistadores sino el de libertadores, buscando granjearse de este modo el apoyo de los criollos.

El general Arthur Wellesley, futuro duque de Wellington, sería el encargado de llevar a cabo esta nueva tentativa. Wellesley pretendía crear en América una monarquía constitucional con dos cámaras, a semejanza del sistema imperante en Gran Bretaña, donde los integrantes de la Cámara Baja serían elegidos por los cabildos y terratenientes. Las demás instituciones coloniales españolas, inicialmente, serían conservadas.

Las tropas destinadas a llevar a cabo esta ambiciosa operación, y consistentes en más de 13.000 soldados, comenzaron a reunirse en el puerto irlandés de Cork a finales de 1807. El plan operativo pasaba por enviar un primer contingente al Río de La Plata, estando

previsto que desembarcara allí en junio de 1808. Este contingente llevaría armas, tanto para los propios soldados británicos embarcados, como para equipar al ejército criollo que se pretendía reunir a su llegada. Una segunda fuerza tomaría tierra en el territorio de México, con la misión de atacar Pensacola y Nueva Orleans, de modo que se pudiera hacer con el control del valle del río Misisipi.

Por último, el principal contingente, e integrado por unos 10.000 soldados ingleses, debía tomar tierra en Venezuela para apoyar a Miranda, cuya llegada estaba prevista de forma previa para levantar en armas a la población local. Tras apoderarse de Barbados y Puerto Cabello, se pretendía atacar Caracas y a continuación Guayana, Cumaná y Barinas. El epílogo de las operaciones en este frente serían las tomas de Panamá y Cartagena de Indias. Al frente de los 20 000 venezolanos que esperaba reclutar Miranda, Wellesley avanzaría contra Nueva Granada. Una vez conquistadas Nueva Granada y Venezuela, se podrían enviar sendas flotas contra Chile y el Río de La Plata, de modo que se completara la conquista de los dominios españoles en América<sup>16</sup>.

Inglaterra pretendía que los territorios independizados siguieran conservando su religión católica como la oficial y que quedarán divididos en cuatro estados, en base a los virreinos existentes previamente: México y América Central; Venezuela, Nueva Granada y Quito; Perú y Chile; y Río de la Plata<sup>17</sup>. De este modo, desde Londres se esperaba poder monopolizar el comercio en territorio americano y se recuperaba el plan de operaciones puesto en marcha durante la Guerra del Asiento y destinado a conquistar de un solo plumazo todos los dominios españoles en América.

16. PARRA PÉREZ, Caracciolo, *Historia de la primera República de Venezuela*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1992, p.134.

17. DE MIRANDA, Francisco, *América espera*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1982, p. 634.

Sin embargo, en último extremo este ambicioso plan no podría llevar a cabo, al producirse el levantamiento del pueblo de Madrid contra los franceses el 2 de mayo de 1808. Este cambio de estatus quo obligó a Wellesley a cambiar los planes previstos. Ordenó que las tropas reunidas en Cork, en lugar de partir hacia América, se dirigieran hacia la Península para tomar tierra en Portugal, con el fin de brindar apoyo a la insurrección. Su desembarco tenía lugar en el país vecino el día 1 de agosto. De esta manera se diluía la posibilidad de una intervención militar inglesa en América. E Inglaterra pasaba de enemiga a convertirse en uno de los principales aliados de España en la guerra contra la Francia de Napoleón.

Las consecuencias de la guerra resultarían terribles para España, a pesar de que en último extremo se consiguió expulsar al ejército napoleónico. La posición española, aun teniendo en cuenta que fueron las victorias logradas en el solar hispano las primeras logradas en el continente frente a Napoleón, sufrió un severo retroceso en el concierto europeo. El país quedó reducido a un papel de segundo orden a nivel continental, como quedó de manifiesto en el Congreso de Viena, en el que las potencias contrarrevolucionarias definieron las líneas de actuación de la Europa postnapoleónica.

Pero, las consecuencias todavía serían más graves en el Nuevo Mundo. El vacío de poder generado durante la Guerra de Independencia, así como durante los años siguientes, alentó a los movimientos independentistas americanos. Se había abierto un camino de no retorno<sup>18</sup>.

18. PIZARRO PIZARRO, José A., *Los pueblos de América y Los Sitios de Zaragoza (II)*, Zaragoza, Edelvives, 1989, pp. 79-90.